

Sociedad de mercado y burocracia segregacionista: la creciente desigualdad social en China a partir de la Reforma y Apertura

Max Povše

Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Argentina

Fecha de recepción: 7-10-2020

Fecha de aceptación: 19-11-2020

Resumen

Este artículo se propone describir las dinámicas macrosociales que contribuyen a la desigualdad social en la China contemporánea. A tal fin, se plantean dos preguntas problema que guían su desarrollo: ¿cuáles son los principales mecanismos generadores de desigualdad en China en la actualidad? ¿Qué relación existe entre ellos? Partiendo de un marco teórico metodológico de carácter neweberiano, y a través del análisis cuantitativo de variables demográficas y económicas, se da cuenta de la pertinencia de los análisis basados en la movilidad social tanto vertical como horizontal, tomando como principales indicadores la proporción de la población flotante y la indexación de la desigualdad de ingreso, que representan a las variables independientes del análisis: el sistema de registro de hogares y la mercantilización de la economía. Se hipotetiza que el crecimiento económico que comenzó con la Reforma y Apertura en 1978 ha tenido efectos negativos en la igualdad de la población en dimensiones correlacionadas. En este artículo, se exponen argumentos para sustentar esta hipótesis respecto a la distribución de las oportunidades de vida entre las clases con más y con menos recursos, y entre la población urbana y la rural.

Palabras clave: China; sociedad de mercado; desigualdad social; Reforma y Apertura.

Abstract

This article aims to describe the macrosocial dynamics that contribute to social inequality in contemporary China. To this end, there are two questions that guide this research: What are the main mechanisms that currently generate inequality in China? What is the relationship between them? Starting from a methodological and theoretical framework of neo-Weberian nature, and using the quantitative analysis of demographic and economic variables, the relevance of analyzes based on both vertical and horizontal social mobility is underscored, taking as the main indicators the proportion of the floating population and the indexation of income inequality, which represent the independent variables of the analysis: the household registration system and the marketization of the economy. It is hypothesized that the economic growth that began with the Reform and Opening-up in 1978 has had negative effects on the equality of the population in correlated dimensions. In this article, arguments are presented to support this hypothesis regarding the distribution of life opportunities between the classes with more and less resources, and between the urban and rural population.

Keywords: China; market society; social inequality; Reform and Opening-up.

Resumo

Este artigo tem como objetivo descrever a dinâmica macrossocial que contribui para a desigualdade na China contemporânea. Para isso, são postuladas duas questões que orientam seu desenvolvimento: quais são os principais mecanismos geradores de desigualdade na China atualmente? Qual é a relação entre eles? Partindo de um referencial teórico metodológico de cunho neo-weberiano, e através da análise quantitativa de variáveis demográficas e econômicas, percebe-se a relevância de análises baseadas na mobilidade social vertical e horizontal, tendo como principais indicadores a proporção da população flutuante e a indexação da desigualdade da renda, que representam as variáveis independentes da análise: o sistema de registro domiciliar e a mercantilização da economia. Hipotetiza-se que o crescimento econômico iniciado com a Reforma e Abertura em 1978 teve efeitos negativos sobre a igualdade da população em dimensões correlatas. Neste artigo, são apresentados argumentos para apoiar esta hipótese quanto à distribuição das oportunidades de vida entre as classes com mais e menos recursos, e entre a população urbana e rural.

Palavras-chave: China; sociedade de mercado; desigualdade social; Reforma e Abertura.

Introducción

Para comprender las dinámicas de la desigualdad en la República Popular China (en adelante, China) contemporánea, deben tenerse en cuenta las características de la Reforma y Apertura como política de Estado que implica la liberalización y privatización de la economía. Primero desarrollada en el Pensamiento de Deng Xiaoping, la misma se ha visto reforzada por las subsecuentes generaciones de líderes, hasta el actual Pensamiento de Xi Jinping, que ha propuesto al mercado como mecanismo básico de distribución de la riqueza (“Xi señala que contradicción principal”, 2017).

La implementación de la Reforma y Apertura por Deng Xiaoping en 1978 es el hecho que jalona el comienzo de la transformación socioeconómica de China, dado que a partir de él se abandonó el sistema maoísta de control estatal total, y se comenzó a liberalizar la economía a través de una serie de reformas que buscaron implantar la economía socialista de mercado.

El momento exacto en que se pasó del sistema social maoísta a la actual sociedad de mercado es difícil de establecer por el carácter gradual de la reforma, pero se puede ubicar un punto de inflexión en el período comprendido entre 1978 y 1982, con la implementación oficial del Sistema de Responsabilidad Familiar (que devolvió la responsabilidad de la sustentabilidad económica al ámbito familiar, en desmedro de la responsabilidad que hasta entonces tenía el Estado), la Política de Puertas Abiertas (que permitió el ingreso de capitales extranjeros), y la creación de los Municipios y Ciudades Empresariales (una suerte de figura cooperativista de producción industrial con orientación al mercado). Estas tres políticas (entre muchas otras) modificaron no solo la matriz productiva china, sino también su sistema de distribución de la riqueza, y con ello la estructura misma del tejido social.

El final del siglo XX y el comienzo del XXI estuvieron marcados por una aceleración de las reformas de la mano de Jiang Zemin y Hu Jintao, lo que ha precipitado un traspaso de la riqueza pública a manos privadas y una aceleración del crecimiento de los ingresos familiares per cápita, lo que cambió de hecho la vida de una vasta porción de la sociedad china.

Al asumir como líder supremo de China a fines de 2012, Xi Jinping postuló el sueño chino: alcanzar la prosperidad del país, revigorizar la nación y traer la felicidad del pueblo. En el ideario del Partido, este sería una superación de la meta puesta por Hu de conformar una sociedad modestamente acomodada (de ingresos medios altos) hacia 2021 (para el centenario de la fundación del Partido), ya que dicha meta ya se ha alcanzado. Xi fijó como objetivo para su proyecto el 2049, año del centenario de la República Popular, pero ¿será tan simple de medir su cumplimiento como lo fue la meta de Hu?

En este contexto, este artículo se propone abordar de manera multidimensional y diodinámica el crecimiento económico y su impacto en los niveles de desigualdad social en un contexto tan particular como lo es la economía con características chinas. En un primer momento, se realiza una descripción de las tendencias de las principales variables socioeconómicas del país para, a partir de su análisis, esbozar algunas características generales del proceso desencadenado por la Reforma y Apertura. En segundo lugar, se expone el marco teórico-metodológico utilizado para el análisis de los datos sobre la desigualdad en China. En tercer lugar, se exponen los resultados del análisis. A partir de ellos, se retoma la cuestión sobre la multidimensionalidad del progreso y su relación con conceptos como desarrollo y crecimiento económico, para luego dar lugar a las discusiones finales.

Características socioeconómicas de la sociedad china contemporánea

Respecto a la dimensión económica de los cambios macrosociales en la sociedad china desde la Reforma y Apertura, se pueden tomar cuatro indicadores que permiten obtener un panorama general de las dinámicas actuales que impactan de manera directa en la microeconomía de las familias chinas.

En primer lugar, la privatización de los derechos de uso, goce y propiedad de los bienes raíces en 2004 creó el

mercado inmobiliario más grande del mundo, que trajo consigo cambios axiológicos en la vida social china que pusieron la centralidad del rostro público (*mianzi*) en la propiedad. Este cambio se demuestra con el volumen de ventas de casas nuevas, que se duplicó entre 2006 (luego que se enmendara la Constitución para declarar la inviolabilidad de la propiedad privada) y 2015 (“China’s Economy: Coming Down to Earth”, 2015).

Un segundo indicador económico que debe ser tomado en cuenta a la hora de abordar los efectos de la Reforma y Apertura es el turismo emisivo. Este indicador no resulta un simple accesorio al análisis, sino que retrata muy bien la tendencia que ha modificado el estilo de vida de (al menos) la clase media china: entre el año 2000 y 2018, el turismo emisivo chino saltó de solo 4,5 millones a más de 150 millones según la Organización Mundial del Turismo (2019), un aumento del 3233%. Con las cifras actuales, China se posiciona a la par de las economías más avanzadas del mundo en lo que respecta a la relación de sus habitantes con el exterior del país.

Por otra parte, a pesar del aumento de los ingresos per cápita, la porción de los salarios sobre el total del PBI no ha aumentado, sino caído (“A Worker’s Manifesto for China”, 2007). Ello no se debe a un cambio en los patrones de consumo, sino a una baja en la porción de la renta que perciben los asalariados, llevando consigo el impacto porcentual del consumo de bienes de 49,7% en 1978, a 45,7% en 2001, y 39,4% en 2018. No obstante dicha baja, es posible apreciar un cambio en la conducta de consumo a partir de 2010, cuando el impacto sobre el PBI se hundió hasta el 35,5%. Ello implica un aumento de casi cuatro puntos porcentuales en ocho años, y muestra un cambio de política de distribución de riqueza por parte del gobierno. De continuar por el sendero alcista, una mayor porción de ingresos (y consumo) contribuiría a la universalización del crecimiento chino, hoy concentrado en las estratos medios y altos de las grandes urbes del este del país.

Por lo expuesto, un indicador debe ser tenido en cuenta para explicar el desfasaje entre los primeros dos, y el tercero: la deuda privada. Si la compra de propiedades se ha duplicado, y los viajes al exterior se han multiplicado por treinta y dos, mientras que los salarios no crecen a la par de la economía, ¿cómo se explica la diferencia de ingresos que permite los cambios en consumo hacia bienes durables y servicios de placer? La respuesta se encuentra en el nivel de deuda de los hogares: entre 2007 y 2017, el porcentaje de deuda sobre los ingresos netos pasó de representar el 40% al 107%, —multiplicándose por nueve en términos nominales—, y convirtiendo al promedio de los hogares chinos en deudores netos (Klein, 2018).

De manera complementaria, se debe hacer referencia a los cambios demográficos: la desaceleración del crecimiento de la población y la creciente urbanización. Si bien la baja en la tasa de crecimiento poblacional es un fenómeno global y multicausal (en China, se deben tener en cuenta, además, la Política de Un Solo Hijo), la tasa de crecimiento natural china comenzó a decrecer mucho tiempo antes del inicio de la Reforma y Apertura, con la Revolución Cultural. En 1966, la tasa alcanzó el pico de 2,79%, mientras que en 2018 tocó el mínimo histórico desde la Gran Hambruna de 1961, 0,46%. Este descenso del 83,5% de la tasa de crecimiento es muy superior al 51,5% de la media mundial.

Por su parte, el porcentaje de población urbana sobre el total se ha triplicado desde 1978, pasando del 17,9% de ese año hasta el 59,2% de 2018, un cambio mayor al aumento promedio de 43% en el mundo. En este indicador es claramente notorio el impacto de la Reforma y Apertura, ya que durante el maoísmo dicho porcentaje osciló entre el 16% y el 18%. No obstante, el crecimiento de la población urbana no demuestra el porcentaje de la población registrada como urbana, y que goza de los beneficios de ese estatus.

En este sentido, es primordial tener en cuenta el efecto del sistema *hukou* en el estándar de vida en China. Introducido por primera vez en 1958 para reemplazar los tradicionales clústeres familiares, el sistema organiza a la población de acuerdo a su lugar de nacimiento a través de un registro de hogares denominado *dawei*, determinando los beneficios y obligaciones a los que se verán sujetos los ciudadanos de por vida. Con el fin del maoísmo, las restricciones se relajaron y se permitió (aunque muy limitadamente) el cambio de *dawei*. Sin embargo, la vasta mayoría de la población continúa hasta hoy sujeta a las reglas de su *dawei*, que solo puede cambiar si ello va en el interés del gobierno (Chan, 2015).

Esta arbitrariedad ha causado un crecimiento exponencial de la población flotante: mientras que en el año 2000 representaba el 9,6% de la población total, hacia 2017 dicha cifra se había casi duplicado hasta el 17,6%. Este dato no es menor, dado que demuestra los cambios demográficos del socialismo de mercado en el siglo XXI a una velocidad extraordinaria, a la vez que da cuenta de la enorme porción de ciudadanos que son trabajadores migrantes, sin los derechos propios de los ciudadanos de las ciudades en que trabajan.

A partir de lo expuesto, es posible establecer algunas características generales del cambio en el conjunto social. En primer lugar, se trata de un cambio de nivel macrosocial de gran magnitud, dado que ha afectado a las variables globales de la sociedad china en casi todos los aspectos, y en una extensión que ha efectivamente transformado la sociedad y la cultura (Sztompka, 2012), tanto en sus ideas (por el pasaje de una moral comunista y colectivista a una moral capitalista con rasgos de individualismo utilitarista), en sus reglas (por la privatización de la economía), en sus acciones (por el auge del trabajo migrante y la urbanización de la población), y en sus intereses (si bien el Partido Comunista se mantiene como soberano, la estructura jerárquica debajo suyo se ha modificado para dar preponderancia a los sectores empresarios).

En segundo lugar, las fuentes de estos cambios han sido claramente endógenas. No obstante, cualquier intento de resumen de los factores causales no sería exhaustivo dada la multiplicidad de condiciones que se dieron para permitir el comienzo de la Reforma y Apertura, pero también su mantenimiento a través de las décadas. Tomando en cuenta esta situación, se puede argüir que el principal factor causal fue el poder que acumuló Deng Xiaoping tras la muerte de Mao. Sin ese poder (exacerbado luego de la derrota de la Banda de los Cuatro), hubiese sido imposible para Deng la vuelta de timón que modificó la estructura social y económico-productiva de China (Salazar Valiente, 1989).

En tercer lugar, la forma de la evolución de la sociedad china ha sido multilínea. Mientras indicadores como el crecimiento del mercado inmobiliario, del turismo, de la deuda privada, de la urbanización y de la población flotante muestran una dinámica incremental, otros indicadores de fondo, tales como la tasa de crecimiento de la población y del porcentaje del ingreso privado sobre el total de la economía, han ido a contramano durante toda la duración del cambio social.

A este respecto, es necesario tomar en cuenta la duración de los cambios, que han mantenido (en casi todos los casos) su linealidad a lo largo de cuatro décadas, haciendo efectivamente que sus consecuencias tengan un alcance aún mayor en la historia. No obstante, es discutible la acepción de desarrollo social (entendida como la acumulación de cambios perpetuos en la conformación de tendencias de alcance histórico, cf. Sztompka, 2012) para este caso, dado que la inmanencia de estos cambios no está dada en la sociedad china, sino que responde a la voluntad de la dirigencia del Partido Comunista, tal como lo hacía bajo el liderazgo de Mao, aunque en direcciones completamente opuestas.

A este respecto, resultaría de interés preguntarse si es acaso el autoritarismo la característica inmanente de la sociedad china, y la que permite que el resto de los cambios ocurran, presentándose de este modo un “desarrollo del autoritarismo” en pos de su propia supervivencia. En este escenario, afín al concepto de valores asiáticos (Lee, 1998), los cambios sociales en China no serían más que transmutaciones del mismo sistema autoritario a través de los siglos, sobrepasando (o implicando) a la cultura y la sociedad en sus adaptaciones dinámicas para perpetuarse a través de los diferentes estadios del sistema mundo (Wallerstein, 2015).

Clase, estatus y movilidad social: una aproximación teórica

Al analizar la organización social de la desigualdad tomando como pregunta de abordaje primario la distribución de las oportunidades de vida (Wright, 2005), el principal mecanismo generador de desigualdad social que se observa es el cierre social, es decir, la monopolización del acceso a oportunidades y recursos económicos por parte de un sector de la población. Este mecanismo es puesto en funcionamiento a través de normativas que otorgan control sobre los recursos económicos a una minoría, que fundamenta, a su vez, dicho control a través de relaciones de poder. A partir de este proceso, la sociedad se estratifica, dando lugar a las clases sociales, que se diferencian entre sí por las ventajas o desventajas de su posición en el mercado (Wright, 2009). Posiciones diferentes implican distribuciones diferentes, lo que provoca el cierre social por parte de las clases con posiciones ventajosas en el mercado, que se apropian de un

número relativamente mayor de oportunidades que el resto de las clases.

Este mecanismo utiliza dispositivos de segregación que operan en diferentes ámbitos de la vida social. Por una parte, implementan instituciones de propiedad que consagran la apropiación ilimitada de recursos económicos por parte de las clases que ejercen el poder. En segundo lugar, las clases que quedan excluidas del ejercicio del poder generan dispositivos de exclusión entre sí, tales como los grados profesionales, el credencialismo de los sectores religiosos o partidarios, o la imposición de barreras a la movilidad demográfica. Si bien estos dispositivos son diseñados e implementados por las clases que ejercen el poder a través del monopolio legítimo de la violencia, el éxito en su permanencia radica en la aceptación por parte de las clases excluidas (dominación), que hallan en la exclusión entre sí incentivos en la forma de estatus diferenciados (Parkin, 1984).

La relación entre las categorías *clase* y *estatus* radica esencialmente en el carácter relativo de estas formas de estratificación social. Si bien la clasificación social responde fundamentalmente a las oportunidades objetivas de apropiación de recursos económicos, es decir, posee un carácter atributivo inherente, es inconducente atribuir la estructuración de la desigualdad social a solo esta variable. Dada la complejidad de causales que operan sobre la conformación de las jerarquías sociales, se debe tener en cuenta —al menos— el conjunto de oportunidades de vida, que, si bien tiende a correlacionar con la posición de mercado de los individuos, también abarca aspectos relacionados con su valoración social relativa, es decir, con su estatus (Goldthorpe, 2012).

Grupos sociales en desigualdad

De acuerdo a las oportunidades de vida que poseen los individuos, es posible agruparlos de acuerdo a su situación o posición de clase. Dado que esta puede modificarse a lo largo de la vida de los individuos, a medida que sus componentes causales varían o, a medida que estos dejan de ser comunes para un grupo específico, las clases en sí son dinámicas, pudiendo algunas de ellas transformarse, desaparecer o dar lugar a nuevas (Wright, 1995). No obstante, para el análisis de las sociedades industriales modernas —principalmente, las que en la actualidad se encuentran en desarrollo económico— es de valor adoptar una escala de clasificación social a los fines analíticos.

A este fin, escalas como la Erikson—Goldthorpe—Portocarero (EGP) y el *Comparative Study of Social Mobility in Industrial Nations* (CASMIN) son de gran utilidad a fin de clasificar las sociedades de acuerdo a sus posiciones de empleo y de educación, respectivamente (Erikson y Goldthorpe, 2002). Su aplicación a sociedades industriales ha permitido corroborar la correlación entre nivel de ingreso, concurrencia educativa y posición de clase, pero sin dejar de lado características subjetivas como la herencia de clase y la exposición al riesgo, ambas variables fuertemente relacionadas con el efecto que la jerarquía existente posee sobre las condiciones de origen y la motivación que impactan en los patrones de asociación entre las clases.

En este trabajo se hará uso de una variante de la clasificación EGP, en tanto refleja la estratificación social de la manera más holística posible. En este sentido, en una sociedad industrializada como la que se analiza, en la que existen continuos cambios en las exigencias de desempeño, y que por ende demandan una fuerza laboral cada vez más capacitada (Lipset y Bendix, 1958), las relaciones de empleo son una variable interviniente de suma importancia, en tanto incide en los dispositivos de estratificación mencionados más arriba: las instituciones de propiedad y los grados profesionales. Al ser el grado de desarrollo económico directamente proporcional al aumento relativo de las clases de técnicos profesionales y emprendedores (Erikson y Goldthorpe, 2002), las relaciones de desigualdad se ven transformadas desde la dicotomía *clase empleadora (excluyente)* — *clase empleada (excluída)* a una estructura más compleja que relega a los trabajadores con contrato laboral (principalmente, los obreros manuales), mientras ofrece mejores oportunidades de vida a los empleados con relación de servicios, dado que la clase dirigente se ve compelida a compartir sus gratificaciones con los nuevos estratos responsables (Lipset y Bendix, 1958).

Interrelación entre posición objetiva, y formación cultural y política

Para comprender cómo la posición objetiva en la relación de empleo —y, por ende, en el mercado— se relaciona con la formación cultural y política es necesario tener en cuenta los patrones de asociación de la estructura. Mientras más rígidos sean estos patrones entre la clase de origen y de destino de los individuos, menor será la fluidez social, y menores los incentivos de las clases para aspirar a la movilidad social ascendente. Esto sucede debido al carácter meritocrático de la sociedad de mercado (Polanyi, 2001), en la que el éxito económico está signado por el logro individual. La meritocracia como principio rector de la distribución de recursos produce un círculo vicioso en el que la acumulación de desventajas de origen afecta la movilidad social, determinando casi perfectamente un patrón de asociación persistente (Blau y Duncan, 1967).

A estos efectos, los dispositivos objetivos de segregación social poseen efectos que trascienden el ámbito material al afectar de manera negativa las oportunidades de movilidad educativa, mientras que las disposiciones subjetivas de la situación de clase de la familia han demostrado una relación inversamente proporcional entre el nivel de clase ocupacional y la aversión al riesgo (Erikson y Goldthorpe, 2002), lo que impacta negativamente en los incentivos de estas clases para acceder a niveles educativos superiores, considerando las costas de las necesidades presentes de recursos económicos. Esta tendencia hacia la reproducción de la ocupación y el nivel educativo de los padres también es vista en otros aspectos, tales como el comportamiento político (Goldthorpe, 2012).

Legitimación de la desigualdad y prácticas subalternas de deslegitimación

Además de la reproducción social de actitudes culturales y políticas mencionada en el párrafo anterior, que tiende a legitimar la desigualdad social, ya sea porque se posean características adscritas ventajosas, o se encuentre en una posición comparativamente mejor al resto de las clases excluidas y que se considera apropiada en tanto se mantiene un mínimo de fluidez estructural, los Estados constituyen los principales legitimadores de la desigualdad social. Ello opera a través de su aparato ideológico, cuyo funcionamiento ha sido ampliamente explicado por Althusser (1970), pero se fundamenta en el accionar de una clase en particular: la burocracia. Ya a principios del siglo xx, Max Weber alertaba por el peligro de una creciente clase burocrática (que representaba en la metáfora de la jaula de hierro), y cuyo aumento exponencial significaría la ampliación del poder de los burócratas sobre todos los aspectos de la vida social, mientras que su modo de administración estaría signado por los intereses del gran capital (1958, citado en Wright, 1983). El discurso legitimador de la desigualdad del Estado ha sido, consecuente, impregnado en todos los ámbitos de la vida social, reforzando las creencias de las clases mejor posicionadas, e instruyendo a las clases más bajas sobre las bondades de la estratificación social propia de la sociedad de mercado.

No obstante ello, mecanismos reaccionarios ante tal discurso ocurren a partir del potencial de acción común que genera una situación de clase compartida (Wright, 1995). Este potencial se expresa a través de estrategias de usurpación, ya sea acotadas a la redistribución marginal o —en situaciones excepcionales— a través de la expropiación total, como métodos de reto al sistema (Parkin, 1984). La acción deslegitimadora del orden desigual, sin embargo, estará siempre condicionada por el nivel de movilidad que permite el sistema para garantizar su propia supervivencia (Blau y Duncan, 1967). En tanto exista suficiente movilidad para prevenir que el círculo vicioso anquilese el sistema al punto en que se detenga por completo la fluidez social (principalmente la ascendente), las clases mejor posicionadas mantendrán la ventaja de legitimar la estratificación social que les es beneficiosa a través del ejercicio del poder.

Marco metodológico

En base a lo expuesto, se han seleccionado dos variables para explicar el crecimiento de la desigualdad en la sociedad china desde la implementación de la Reforma y Apertura en 1978, que se ha dado tanto de manera centrífuga en lo que respecta al ingreso, como de manera segregacionista respecto al régimen de habitabilidad urbana. Estas variables son: en primer lugar, la distribución del ingreso, medida a través de los indicadores de repartición porcentual de la riqueza entre la población, y de la curva de Lorenz; en segundo lugar, la distribución de oportunidades de vida en las ciudades, medida a través del porcentaje de población cuya residencia no coincide con su registro de hogar (*dawei*), y de la ratio de esta respecto a la población urbana.

Frente a las objeciones del uso del nivel de ingreso para medir la desigualdad, se debe señalar que las variables usadas por el esquema EGP para la medición de clases son de difícil operacionalización en China, no solo dado que algunas de ellas no son publicadas o son manipuladas, sino que existe un sesgo generalizado entre la población hacia no contestar encuestas independientes, o mentir en las respuestas por miedo a represalias por parte del gobierno (Wu, 2019). A ello debe añadirse la restricción casi generalizada para que instituciones de análisis social tengan acceso a los datos recopilados por el Estado (aparte de aquellos que son publicados periódicamente), sino también para acceder a la población general y realizar muestreos estadísticamente significativos (Xie y Zhou, 2014).

Por razones similares, relevamientos sobre la población rural han debido ser dejados de lado, dado el difícil acceso a estadísticas confiables. No obstante, los valores de la población con *dawei* inconsistentes (en más, mencionada como “flotante” en su sentido amplio, ya que su gran mayoría está constituida por trabajadores migrantes con estadías semilegales en sus ciudades de trabajo cuyas duraciones varían desde algunas semanas hasta años), han demostrado ser confiables dada su significación estadística para explicar la subestimación de la población oficial de las ciudades y la sobreestimación de la población rural (Chan, 2015).

La metodología elegida para llevar a cabo este estudio es de carácter cuantitativo, en base a las características de los indicadores seleccionados (Marradi, Archenti y Piovani, 2007). En primer lugar, se toma la descripción cronológica de los datos de la distribución de la renta hecha por Piketty, Li, y Zucman, (2019). A partir de ello, y tomando datos de las Naciones Unidas, se funcionaliza la distribución del ingreso a partir de la ecuación de Lorenz. En tercer lugar, se grafican las proporciones demográficas de las poblaciones urbana y flotante, calculando la ratio entre ambas. Por último, se toman los valores de los años de los cuales se tiene acceso para realizar una regresión cuadrática entre la ratio de la población urbana y la flotante, por un lado, y el coeficiente de Gini, por otro.

Para el análisis de los datos se hará uso de las herramientas ya mencionadas, así como del marco teórico—metodológico desarrollado por Zou Min (2015) que, si bien parte del análisis ocupacionalista propio de John Goldthorpe (2012), su adaptación a la sociedad china es de particular importancia, en tanto demuestra que: el sistema de clases EGP es aplicable a las relaciones de empleo chinas; dicho sistema incide en la estratificación social; y ello implica una proporcionalidad directa con el nivel de desigualdad de cada clase. Tomando en cuenta las particularidades de la sociedad china, y el nivel de ingreso de las clases EGP, es pertinente para su análisis agruparlas en una clasificación latente tripartita, que se asemeja a la distinción entre clases de relación de servicios, intermedias y de contrato laboral. En este sentido, las clases I, II y V del esquema EGP son tomadas como parte de una clase latente número 1; como clase latente 2, lo son las clases IIIa y IIIb; y como clase latente 3, las clases VI y VII del esquema (Zou, 2015). Se debe advertir, no obstante, que esta correlación excluye el nivel de ingresos, una variable que, mientras que correlaciona con la clase latente 1, tiende a la independencia con las otras dos clases. Sin perjuicio de ello, y en función de la disponibilidad de los datos para realizar un análisis de las clases de acuerdo a su posición en el mercado, se toman en su lugar indicadores de la distribución de la renta de acuerdo a la fórmula de Piketty et al. (2019).

Resultados

Dado que se han tomado cuatro indicadores para la representación de dos dimensiones de la desigualdad social, a continuación, se presentan dichos indicadores de acuerdo a las variables que operacionalizan, a partir de los datos disponibles dentro del período analizado, a saber, entre 1978 y 2018.

Reforma, apertura y desigualdad de ingreso

Por una parte, la Figura 1 es representativa de la mayor parte de los años de la Reforma y Apertura, y en ella pueden identificarse dos tendencias de interés: por un lado, una suerte de clase media (el 40% de la población a partir del 50% de menos ingresos) ha permanecido relativamente estable en su posición, mientras que los extremos han demostrado una tendencia centrífuga que acerca a China a los patrones de desigualdad de los países desarrollados (Piketty, et al., 2019).

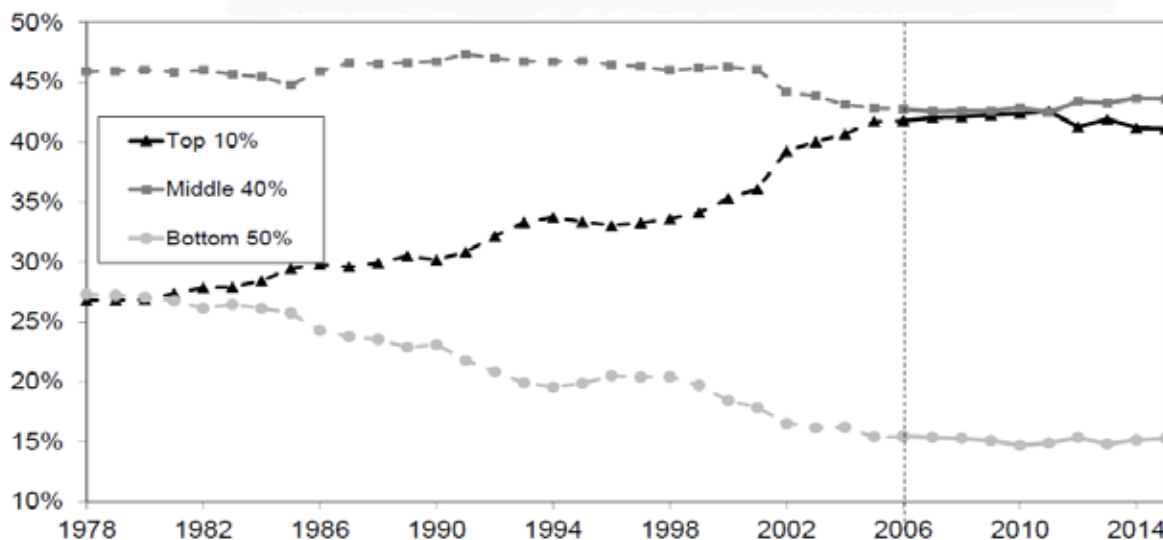


Figura 1. Evolución del porcentaje de ingresos de la población china entre 1978 y 2015. La línea con triángulos representa al 10% más acaudalado, los cuadrados, al siguiente 40%, y los círculos, al 50% con menos recursos. Fuente: Piketty, et al. (2019).

En la Figura 2 se aprecia que, si bien el 40% con ingresos más bajos solo posee el 17% de la riqueza, el siguiente 50% acumula el 53,6% de la riqueza neta total, un valor en parte explicado por la movilidad ascendente de profesionales técnicos (Li, 2018) causada por el auge de la industrialización y de la industria del conocimiento, impulsadas originalmente por Deng Xiaoping (Bian, 2002). Si bien la clase media —definida en estos términos— ha mantenido una posición favorable en la estructura de ingresos comparada con los países desarrollados (Zou, 2015), dicha posición se mantiene en detrimento de la movilidad de las clases II y V del esquema EGP, mientras que la elite de la clase I acapara el 13,9% de los ingresos (Liu, 2009).

Si bien ello implica que existe una igualdad mayor entre las clases de servicios comparado con los países desarrollados, ello no quita la posición privilegiada de los gerentes de alto nivel, los dueños del capital y los políticos del Partido Comunista que aprovechan su situación de ventaja estructural para maximizar sus beneficios materiales (Guo, 2016).

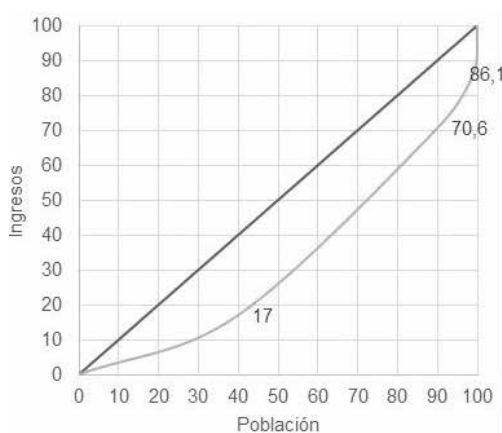


Figura 2. Curva de Lorenz de China en 2017. La línea celeste representa la igualdad perfecta, y la naranja, la curva de Lorenz. Las cifras están expresadas en porcentaje. Fuente: elaboración propia en base a datos del Reporte de Desarrollo Humano del Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas. <http://hdr.undp.org/en/countries/profiles/CHN>.

El sistema hukou

En lo que respecta a las variables no económicas en la dinámica de la desigualdad de la sociedad china, el sistema *hukou* es la principal variable a considerar. Concebida en los años cincuenta como un mecanismo de control demográfico por Mao Zedong, su perpetuación ha modificado poco su rol originario: a pesar de múltiples reformas menores durante la Reforma y Apertura, las limitaciones a la migración interna en China ha sido uno de los principales factores de desigualdad, no solo para el clivaje entre campo y ciudad, sino también en las ciudades mismas, constituyendo un clivaje entre residente legal e ilegal (Wang, 2008).

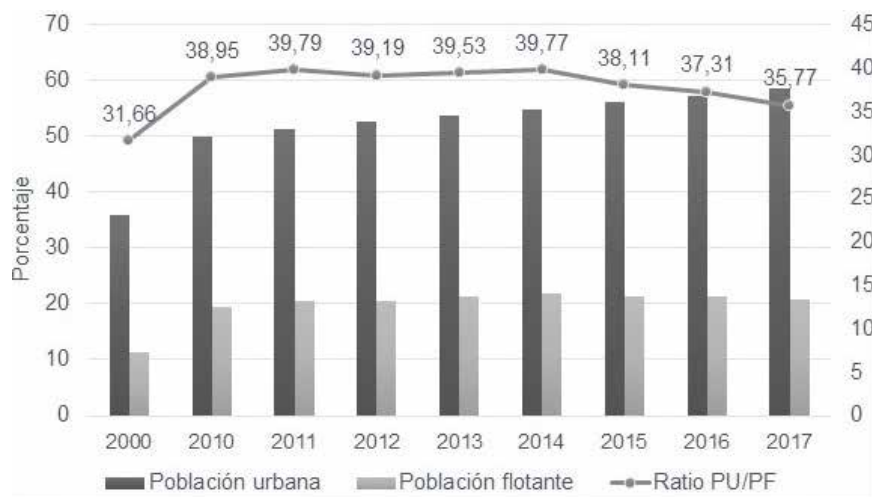


Figura 3. Evolución de las poblaciones urbana (PU) y flotante (PF), y de la ratio entre ambas. Nótese que la serie salta del año 2000 al 2010, y luego es de frecuencia anual; esto responde a la disponibilidad de los datos sobre la población flotante (entendida en el sentido amplio de la población cuya residencia no coincide con la ubicación de su *dawei*) de la Oficina Nacional de Estadísticas (ONE) de China. Fuente: elaboración propia en base a datos de la ONE. <http://www.stats.gov.cn/tjsj/ndsjs/2018/indexeh.htm>.

Si bien su impacto no fue determinante durante la era de rápida industrialización del país (dado que la política gubernamental era sacar de la pobreza a la mano de obra ociosa urbana), a partir de la estabilización del proceso de crecimiento económico a comienzos de este siglo, y del agotamiento de la reserva laboral urbana, es que el influjo de población rural comenzó a tomar un rol decisivo en la expansión económica china (Chan, 2015). Los atractivos de la movilidad social ascendente de la población urbana desencadenaron un proceso de urbanización que el sistema tradicional de registro por hogar no podía absorber. En la Figura 3 se observa el crecimiento exponencial de la migración interna, cuyo principal destino son las zonas urbanas. La ratio entre la población urbana y la flotante solo comenzó a decrecer a partir de 2014, con la consolidación del poder de Xi Jinping, y un cambio en el sistema *hukou* que ha beneficiado la radicación de individuos con *dawei* rurales en ciudades de menos de tres millones de habitantes (Xi, 2019).

Estatus de *dawei* y desigualdad de clase

Tal como fue expuesto en la introducción, este trabajo se propone demostrar la correlación entre variables que demuestran un deterioro en la igualdad de la sociedad china. Como fue demostrado en los apartados anteriores, la política de Reforma y Apertura ha desencadenado un proceso centrífugo de la distribución de los ingresos a nivel general. Este proceso se ha visto complementado por la continuación del sistema *hukou*, que limita el libre movimiento de los individuos en el país, beneficiando a aquellos que poseen un registro urbano, en detrimento de las poblaciones rural y flotante. Con el crecimiento exponencial de la economía, sin embargo, este sistema se ha vuelto un impedimento para la incorporación de los trabajadores de origen rural en las economías urbanas. Aquellos individuos con un *dawei* rural que migran hacia una ciudad, o hacia una provincia más desarrollada enfrentan la discriminación de la burocracia estatal que no los reconoce como ciudadanos del ámbito urbano en el cual residen. Esta población se transforma en flotante, en tanto permanecen ciudadanos de su lugar de origen, y son incapaces de disfrutar de muchos de los beneficios de las ciudades en que se radican (Chan, 2015).

En la Figura 4 se muestra la correlación entre la proporción de la población que reside en áreas en las cuales no está registrada y el coeficiente de desigualdad de ingresos. Como es notorio, existe una correlación muy alta entre ambas variables, por lo cual es posible inferir que, a mayor proporción de la población sin reconocimiento de su estatus locativo, mayor es la desigualdad de ingresos en el país.

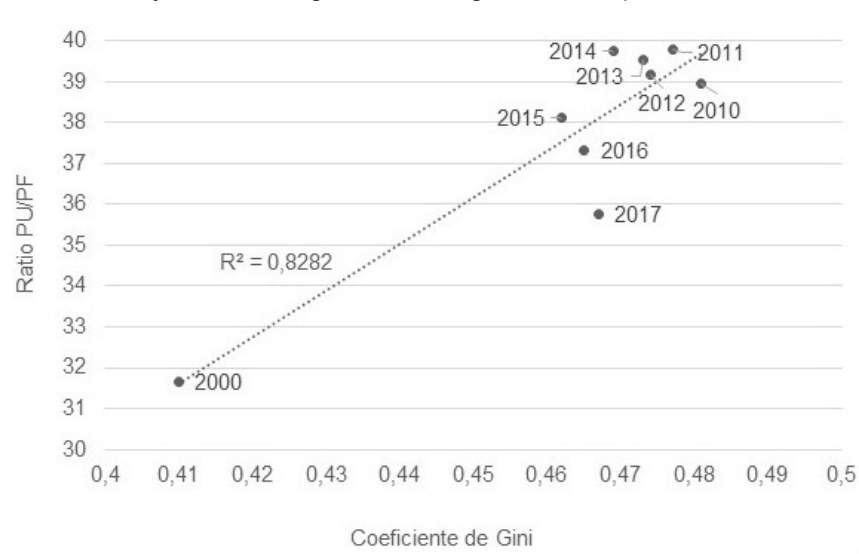


Figura 4. Correlación entre el Coeficiente de Gini y la ratio de la población flotante (PF) respecto a la población urbana (PU) expresada en porcentaje, según año. Fuente: elaboración propia en base a datos demográficos de la ONE y de los valores del coeficiente de Gini calculado por CEIC en base a los datos oficiales de la ONE. <https://www.ceicdata.com/en/china/resident—income—distribution/gini—coefficient>.

¿Crecer es progresar?

A partir de los resultados expuestos arriba, es válido retomar la discusión sobre la relación entre crecimiento, desarrollo y progreso a la luz de las dinámicas de la desigualdad en el caso analizado. Si bien el crecimiento económico chino ha sido exponencial y constante en las últimas décadas, y ha redituado en una sociedad de ingresos medio altos con nuevos patrones de consumo, la pregunta de si la sociedad china ha verdaderamente progresado no posee una respuesta inequívoca. Para ello se debe tomar en cuenta la noción de progreso en todas sus dimensiones, no solo en la del ingreso: tanto la habitabilidad de los hogares, como la calidad del trabajo, el desarrollo humano íntegro, y las características de la vida social forman parte integral del progreso social (Bonfiglio y Salvia, 2019).

A este respecto, se pueden presentar algunos indicadores. Además del ya mencionado deteriorado impacto del ingreso privado sobre la renta total, que se ve reflejado, además, en el coeficiente de Gini, que pasó de un valor de 0,3 en 1980 a uno de 0,61 en 2013 (Xie y Zhou, 2014), se puede observar esta tendencia en otras dimensiones, tales como la porción de la población que se encuentra en situación de vulnerabilidad laboral (43,8%), o es posible de padecer pobreza multidimensional (17,1%).

En lo que respecta a la calidad del desarrollo integral de la población, debe tenerse en cuenta tanto el alto grado de polución de las zonas urbanas, que se atribuyó una tasa de mortalidad de 113 personas por cada 100 000 habitantes en 2016 (una cifra comparable con países que poseen la mitad del Índice de Desarrollo Humano chino), como la condición de no libre del Régimen, que restringe duramente el acceso a la información, así como la participación política en general de la población, y somete a grupos minoritarios a abusos de sus derechos (Shahbaz, 2018).

Lo expuesto demuestra que el cambio chino no solo ha implicado avances, sino también retrocesos en materia de derechos civiles y sociales, algo propio de un gobierno que por décadas ha supeditado el bienestar de la población al crecimiento económico (Piketty et al. 2019). Lo que la población ha ganado en términos monetarios lo ha perdido en

igualdad, seguridad financiera, calidad de medioambiente, y libertad personal. Es posible argüir a partir de esto que, en tanto se negligia la multidimensionalidad del desarrollo humano, la sociedad china no progresará (Folbre et al., 2018), sino que solo aumentará el tamaño de su economía.

Consideraciones finales

Como se ha demostrado a lo largo del trabajo, los principales mecanismos generadores de desigualdad en la China contemporánea han sido las dos políticas públicas que han delineado las dinámicas de desarrollo económico del país. Por una parte, la Reforma y Apertura mercantilizó gran parte de la economía, consagrando la propiedad privada como institución básica de la sociedad. Complementado a ella, el sistema *hukou* impidió el flujo descontrolado de la población rural hacia los grandes centros urbanos a medida que estos se desarrollaban y sus estándares de vida aumentaban. Los beneficios de ambas políticas encontraron su límite toda vez que su objetivo ulterior (el desarrollo económico) generó una movilidad social suficiente para formar un conjunto de individuos con una situación de clase signada por relaciones de servicio.

El proceso de construcción de un nuevo estatus ventajoso de las clases de servicio urbanas debilitó consecuentemente los mecanismos de movilidad ascendente (Zhou y Xie, 2019), en tanto la nueva clase de servicios percibe al resto de la población como un riesgo para su posición, mientras que sobreestima su propia situación de clase (Chen y Fan, 2015). El mantenimiento de los patrones de apropiación de recursos y capital a través del mercado, y las limitaciones al movimiento de las personas, perpetuados por la capacidad irrestricta de un Estado autoritario (Liu, 2009) han contribuido a un incremento constante de la persistencia intergeneracional de clases, fenómeno que correlaciona directamente con la desigualdad social de acuerdo a la curva del Gran Gatsby (Fan et al., 2018).

Estos mecanismos, sin embargo, están lejos de ser los únicos que inciden en la desigualdad de la sociedad china. El deterioro de las condiciones laborales relativas de las mujeres —aun en las clases de servicio— (Teng, 2018), y la racialización de las relaciones de clase (Margulis, 1998) en regiones con minorías étnicas —con particular incidencia en los mercados de empleo (Howell, 2013) —, han contribuido al aumento en la desigualdad multidimensional en el país.

En tanto el mercado continúe siendo el principio rector de las relaciones sociales en lugar de la ética, es de esperar que esta tendencia centrífuga continúe (Polanyi, 2001), acentuando los límites en las relaciones de clase atravesadas no solo por la posición ocupacional, sino por características adscriptas como etnia, género o religión, que, en un marco de auge del nacionalismo, ponen en riesgo la propia sostenibilidad de la estructura social (Wang, 2008). A este respecto, es de interés el análisis de las dinámicas de las relaciones sociales online (Tang y Zhou, 2019), que muestran una nueva esfera pública en la que se hacen explícitas demandas por mayor igualdad, que, aun a pesar de la estricta censura del gobierno, tienen la capacidad para desarrollar estrategias de usurpación que reten de manera efectiva al sistema.

Para un sistema que está acostumbrado a medir sus logros en términos cuantificables, proponerse revigorizar y hacer feliz a un país entero —como lo ha hecho Xi Jinping—, no solo resulta extraño y difícil de realizar, sino que deja entrever una concepción enraizada en la dirigencia del Partido: que estar mejor es tener más. La insuficiencia de las reformas de Xi, y su aventura de ampliar la proyección del país en el escenario internacional no muestran más que una continuidad, y no un cambio respecto a los últimos cuarenta años. Dicha continuidad está dada por la búsqueda del fortalecimiento del Estado, tanto hacia dentro como fuera de la sociedad, mostrando que la prioridad del gobierno es la acumulación de poder. Las desigualdades que se han mostrado a lo largo de este trabajo son la muestra de los resultados que tiene la priorización del mercado solo porque ello implica un mejor renombre en el escenario internacional.

Este sentido utilitarista del mercado para generar poder adolece de todo sentido de ética social (Polanyi, 2001). Los cambios que generaron la ruptura del sentido social de la economía maoísta están hoy más vigentes que nunca, más allá de las medidas tomadas para paliar sus consecuencias no deseadas. En tanto los valores estén fijados en el mercado como instrumento de *leverage* frente al mundo, en vez de como mecanismo social de distribución de bienes y servicios, las consecuencias materiales y éticas de esta condición generarán tensiones estructurales cuyos síntomas serán cada vez más frecuentes. Ello conduce a argumentar que, sin un mercado social, la incertidumbre continuará corroyendo los mecanismos de control social hasta que se alcance un punto de inflexión.

Bibliografía

- A Worker's Manifesto for China. (11 de octubre de 2007). *The Economist*. <https://www.economist.com/finance-and-economics/2007/10/11/a-workers-manifesto-for-china>
- Althusser, L. (1970). *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*. Ediciones Quinto Sol.
- Bian, Y. (2002). Chinese Social Stratification and Social Mobility. *Annual Review of Sociology*, 28 (1), pp. 91-116.
- Blau, P. y Duncan O. (1967). *The American Occupational Structure*. Free Press.
- Bonfiglio, J. I. y Salvia, A. (2019). *Pobreza multidimensional fundada en derechos económicos y sociales. Argentina urbana: 2010-2018*. Observatorio de la Deuda Social Argentina.
- Chan, K. W. (2015). Five Decades of the Chinese Hukou System. En *Handbook of Chinese Migration: Identity and Wellbeing*. Edward Elgar Publishing.
- Chen, Y. y Fan, X. (2015). Discordance between subjective and objective social status in contemporary China. *The Journal of Chinese Sociology*, (14).
- China's Economy: Coming Down to Earth. (18 de abril de 2015). *The Economist*. <https://www.economist.com/briefing/2015/04/18/coming-down-to-earth>
- Erikson, R. y Goldthorpe, J. (2002). Intergenerational Inequality: A Sociological Perspective. *Journal of Economic Perspectives*, (16), pp. 31-44.
- Fan, Y., Yi, J. y Zhang, J. (4 de julio de 2018). Rising Intergenerational Income Persistence in China. *VoxChina*. <https://vochina.org/show-3-89.html>.
- Folbre, N., Olin Wright, E., Andersson, J., Hearn, J., y Himmelweit, S. (2018). The multiple directions of social progress: ways forward. En International Panel on Social Progress (Ed.), *Rethinking Society for the 21st Century: Report of the International Panel on Social Progress*. Cambridge University Press.
- Goldthorpe, J. (2012). De vuelta a la clase y el estatus: por qué debe reivindicarse una perspectiva sociológica de la desigualdad social. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, (137).
- Guo, Y. (2016). State power as a determinant of life chances. En Guo, Y. (Ed.), *Handbook on Class and Social Stratification in China*. Edward Elgar Publishing.
- Howell, A. (2013). Chinese Minority Income Disparity in Urumqi: An Analysis of Han and Uyghur Labour Market Outcomes in the Formal and Informal Economy. *China: An International Journal*, 11(3), 1-23.
- Klein, M. (6 de marzo de 2018). China's household debt problema. *Financial Times*. <https://ftalphaville.ft.com/2018/03/06/2199125/chinas-household-debt-problem>
- Lee, E. (1998). ¿Valores asiáticos como ideal de civilización? *Nueva Sociedad*, (155), pp. 111-125.
- Li, P. (2018). China's Class Structure: Changes, Problems, and Policy Suggestions-A Study of Class Development since 1978. *International Critical Thought*, 8 (4), pp. 574-595.
- Lipset, S. y Bendix R. (1963). *Movilidad social en la sociedad industrial*. EUDEBA.
- Liu, X. (2009). Institutional Basis of Social Stratification in Transitional China. En Deborah, D. y Wang, F. (Eds.), *Creating Wealth and Poverty in Post-Socialist China*. Stanford University Press.
- Margulis, M. (1998). La racialización de las relaciones de clase. En Margulis, M. y Urresti, M. (Eds.), *La segregación negada*. Biblos.

- Marradi, A., Archenti, N. y Piovani, J. I. (2007). *Metodología de las ciencias sociales*. Emecé.
- Organización Mundial del Turismo. (2019). *Guidelines for the Success in the Chinese Outbound Tourism Market*.
- Parkin, F. (1984). *Marxismo y teoría de clases. Una crítica burguesa*. Espasa Calpe.
- Piketty, T., Li, Y. y Zucman, G. (2019). Income inequality is growing fast in China and making it look more like the US. *London School of Economics Business Review*. <https://blogs.lse.ac.uk/businessreview/2019/04/01/income-inequality-is-growing-fast-in-china-and-making-it-look-more-like-the-us/>
- Polanyi, K. (2001). *La gran transformación*. Fondo de Cultura Económica.
- Salazar Valiente, M. (1989). China: de Mao Zedong a Deng Xiaoping. *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*, 35 (135), pp. 89-112.
- Scott, J. (1985). *Las armas de los débiles. Formas cotidianas de resistencia campesina*. Yale University Press.
- Shahbaz, A. (2018). *The Rise of Digital Authoritarianism*. Freedom House.
- Sztompka P. (2012). *Sociología del cambio social*. Alianza.
- Tang, F. y Zhou, X. (3 de julio de 2019). China's middle income claim causes uproar as Weibo users ask 'why am I not that rich?' *South China Morning Post*. <https://www.scmp.com/economy/china-economy/article/3016938/chinas-middle-income-claim-causes-uproar-weibo-users-ask-why>
- Teng, J. (19 de diciembre de 2018). Why China's Gender Gap Is Growing. *Caixin*. <https://www.caixinglobal.com/2018-12-19/why-china-is-getting-worse-for-women-101361101.html>.
- Wallerstein, I. (2015). *The World is Out of Joint: World-Historical Interpretations of Continuing Polarizations*. Paradigm Publishers.
- Wang, S. (2008). The 'great transformation': The double movement in China (Karl Polanyi). *Boundary 2*, 35 (2).
- Wright, E. O. (1983). *Clases, crisis y estado*. Siglo XXI.
- Wright, E. O. (1995). Análisis de clase. En Carabaña, J. (Ed.), *Desigualdad y clases sociales. Un seminario en torno a Eric O. Wright*. Fundación Argentaria.
- Wright, E. O. (2005). *Approaches to Class Analysis*. Cambridge University Press.
- Wu, X. (2019). Inequality and Social Stratification in Post-Socialist China. *Annual Review of Sociology*, (45), pp. 363-382.
- Xi señala que contradicción principal de sociedad china ha cambiado en la nueva época. (18 de octubre de 2017). *Xinhua*. http://spanish.xinhuanet.com/2017-10/18/c_136688399.htm
- Xi, J. (2019). Promoviendo el diseño económico regional con ventajas complementarias y desarrollo de alta calidad. *Qiushi*, 2019 (24). http://www.qstheory.cn/dukan/qs/2019-12/15/c_1125346157.htm
- Xie, Y. y Zhou, X. (2014). Income inequality in today's China. *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, 111 (19).
- Zhou, X. y Xie, Y. (2019). Market Transition, Industrialization, and Social Mobility Trends in Post-Revolution China. *American Journal of Sociology*, 124 (6), pp. 1810-1847.